

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION MODERNA

POR

JOSÉ MARÍA ALSINA ROCA

Cuando Pío IX publicó el Syllabus el 8 de diciembre de 1864, como índice de errores ya condenados en diversas encíclicas y otros actos magisteriales de su mismo pontificado causó especial escándalo la proposición número 80. En los ambientes anticatólicos fue interpretado como la más clara manifestación del carácter definitivamente anacrónico de la Iglesia, aunque al mismo tiempo se quedaron sorprendidos por la audacia del Papa Pío IX al enseñar con tanta firmeza el carácter anticristiano de la civilización moderna. También en los ambientes católicos-liberales vieron con profunda inquietud y desagrado aquel acto del magisterio pontificio. El obispo de Orleans Dupanloup, uno de los líderes del catolicismo liberal francés, se vio obligado a escribir una carta pastoral dirigida a «tranquilizar» a los católicos, insistiendo en lo que *no* había dicho el Syllabus. Por esta carta pastoral recibió de Pío IX una felicitación en la que le expresaba la esperanza de que en una próxima ocasión publicara otra carta pastoral explicando a sus diocesanos lo que había dicho el Syllabus.

Desde entonces hasta nuestros días es ya tópico referirse al Syllabus como modelo de intrasigencia y ejemplo de los cambios producidos en la doctrina de la Iglesia. Hoy, así se afirma, la Iglesia ha superado definitivamente las enseñanzas del Syllabus, no sólo no las condena sino que ha asumido de forma entusiasta las doctrinas condenadas.

A lo largo de nuestra exposición queremos probar justamente lo contrario. En primer lugar, subrayar la santa audacia de Pío IX y el discernimiento profético que mostró al afirmar el carácter

anticristiano del espíritu de la modernidad. En segundo lugar, cómo el magisterio de la Iglesia, a través de todos los pontificados, pero especialmente en los documentos aprobados en el Concilio Vaticano II, y a pesar de algunas apariencias e interpretaciones inexactas, se ha mantenido fiel al juicio de Pío IX.

Podría parecer a algunos, con razón, innecesario el segundo punto. La Iglesia asistida por el Espíritu Santo se mantiene siempre fiel a la doctrina enseñada por los anteriores pontífices, como explicitación o aplicación de lo que ha recibido por tradición apostólica. No obstante, me parece sumamente conveniente insistir en este segundo punto tanto por la frecuencia en que se afirma lo contrario, como porque me permitirá precisar la importancia de las enseñanzas del Syllabus, y ayudará a entender cómo aquel juicio hacía referencia a cuestiones conexas directamente con aspectos centrales de la fe católica.

Recordemos, en primer lugar, la proposición 80, la última del Syllabus:

«El Romano Pontífice puede y debe reconciliarse y transigir con el progreso, con el liberalismo y con la civilización moderna».

Con el fin de analizar el alcance de esta proposición es necesario reflexionar sobre el significado de la expresión: progreso, liberalismo y, especialmente civilización moderna. Para ello nos apoyaremos en dos testimonios muy significativos, uno de ellos contemporáneo a Pío IX y otro contemporáneo a nosotros. De este modo trataremos de demostrar que el espíritu de la modernidad al que se refería Pío IX continúa siendo el propio de nuestros días.

Cuando Pío IX tuvo la intención de publicar el Syllabus, consultó a través de su Secretario de Estado, el cardenal Fornari a diversas personalidades eclesíasticas y civiles sobre cuales eran los errores más característicos de su tiempo, con el fin de elaborar un catálogo o syllabus para prevenir a toda la Iglesia. Conocemos la respuesta a esta consulta que dio Donoso Cortés. En carta al Cardenal Fornari sintetizaba genialmente su juicio sobre el mundo contemporáneo que anteriormente había desarrollado ampliamente en su célebre Ensayo sobre el catolicismo, liberalismo y socialismo.

Según Donoso Cortés «lo que hace famoso a nuestro siglo entre todos los siglos no es precisamente la arrogancia en proclamar teóricamente sus herejías y sus errores, sino más bien en la audacia satánica que pone en la aplicación a la sociedad presente de la herejías y de los errores en que cayeron los siglos pasados».

La exactitud de este juicio de Donoso es patente si tenemos en cuenta que la mayor parte de las doctrinas políticas que inspiraron el liberalismo estaban ya elaboradas al finalizar el siglo XVII. Spinoza y Hobbes habían ya afirmado la supremacía absoluta del poder político, autónomo respecto de cualquier ley anterior a él, de toda norma moral y especialmente de la Iglesia. Mejor dicho, esta autonomía sólo sería efectiva si el poder eclesiástico estuviera sometido al poder político, quedando bajo su potestad incluso el contenido dogmático de la religión, siempre que tuviera trascendencia en la vida social. Se habían puesto los fundamentos para la secularización de la vida política, y el mismo carácter absoluto del poder político estaba al servicio de esta secularización más que a su propio engrandecimiento o democratización.

La vulgarización de estas ideas en lenguaje roussoniano fue el principal instrumento ideológico de los movimientos revolucionarios del siglo XIX, y progresivamente fue penetrando en todos los ambientes sociales hasta llegar a la situación que describe Donoso: «en los tiempos que alcanzamos, el error está en los libros, en las instituciones, en las leyes, en los periódicos, en los discursos, en las conversaciones, en las aulas, en los clubs, en el hogar, en el foro, en lo que se dice y en lo que se calla. Apremiados por el tiempo he preguntado a lo que está más cerca de mí y me ha contestado la atmósfera».

Todo este ambiente contaminado y la acción política correspondiente tiene su origen, según Donoso, en dos negaciones supremas: una relativa a Dios y otra relativa al hombre. «La sociedad niega de Dios que tenga cuidado de sus criaturas, y del hombre, que sea concebido en pecado».

Estas dos negaciones son la base del naturalismo moderno. Dios no cuida del hombre y por tanto el hombre no necesita de Dios, no ha sido redimido, ni lo necesita. Esta autonomía abso-

luta del hombre también se predica de la sociedad. Y así, como afirma Donoso en el Ensayo: «se convierte al hombre en un tiempo en reformador universal e irreformable con o cual viene a ser transformado en Dios y así los hombres no pudiendo adorar a Dios, hacen a los hombres dioses para adorar alguna cosa de alguna manera».

De este modo se realiza la permanente tentación satánica: seréis como dioses. En la vida política da lugar o a una «absoluta anarquía, o a un despotismo de proporciones inauditas y gigantescas. Este es el juicio de Donoso Cortés sobre la modernidad».

El segundo testimonio sobre el que nos apoyamos es el del Cardenal Karol Wojtyła, cuando en los Ejercicios Espirituales predicados en el Vaticano, en presencia de Paulo VI, en marzo de 1976, publicados en el libro *Signo de Contradicción*, trata de analizar las características del ateísmo moderno. Para poderlo explicar adecuadamente, afirma Wojtyła, hay que remontarse a la tentación original y permanente de Satanás: «Seréis como dioses». Esta tentación no es meramente una negación de Dios ni de la omnipotencia divina. Va dirigido a «la destrucción de la verdad sobre el Dios de la alianza, sobre el Dios que crea movido por el amor, que por amor ofrece a la humanidad la Alianza en Adán, que por amor pone ante el hombre unas exigencias que afectan a la verdad misma de su creador, la destrucción de esta verdad, continúa Wojtyła, es, en el razonamiento de Satanás, total».

La tentación satánica no es tanto la afirmación de la divinidad del hombre como el espíritu de rebelión, es una continuación de su actitud de *Non serviam*. Pero esta tentación en su momento original no logra llegar a su plenitud, tiene sólo un éxito parcial. No logra la rebelión total del hombre frente a Dios. «En nuestros días se nos presenta la idea de Dios como la principal forma de alienación del hombre, afirmar a Dios es negar al hombre». «Pero han llegado los tiempos en que ese aspecto de la tentación del Maligno ha encontrado su contexto histórico adecuado. Puede ser que dicho aspecto presente el más alto grado de tensión entre la Palabra y la antipalabra en la historia de toda la humanidad. Semejante concepción de la alienación comporta no sólo la negación

del Dios de la alianza, sino la negación de la idea misma de Dios, la negación de su existencia y al mismo tiempo el postulado —y en cierto sentido el imperativo— de la liberación de la idea de Dios, para afirmar al hombre».

He aquí un fragmento muy característico de la obra de Feuerbach sobre la religión: «En lugar del amor de Dios debemos reconocer el amor del hombre como única religión auténtica; en lugar de la fe en Dios, dilatar la fe del hombre en sí mismo, en sus propias fuerzas, la fe de que es destino de la humanidad no depende de un ser que se encuentra sobre ella, sino que depende de sí misma; que el único demonio del hombre es el propio hombre; y al mismo tiempo que el único Dios para el hombre es el hombre mismo». Podemos ahora preguntarnos si estamos ya en el tramo final de ese camino de la negación que se inició en torno al árbol de la ciencia del bien o del mal. Para nosotros, que conocemos toda la Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis, ninguna etapa de este camino puede constituir una sorpresa. Aceptamos con temor, pero también con confianza, las palabras inspiradas del Apóstol: «Que nadie en modo alguno os engañe, porque antes ha de venir la apostasía y ha de manifestarse el hombre de la iniquidad, el hijo de la perdición...».

El juicio de Karol Wojtyła coincide básicamente con el de Donoso Cortés, aunque, teniendo presente los importantes cambios acaecidos en los 150 años que transcurren desde Donoso hasta nuestros días, nos permite reflexionar sobre nuevos aspectos.

La negación de la soberanía de Dios sobre la sociedad, sobre el hombre e incluso sobre la naturaleza, continúa siendo característico de la mentalidad y de la vida de nuestro tiempo. En el lugar de Dios nos encontramos con una concepción panteísta de la naturaleza (ciertos ecologismos), o al hombre faústico haciéndose a sí mismo mediante una incesante actividad, o a la sociedad considerada como el Gran Ser de Comte, la clase social redentora de la humanidad de Marx, o la nación creadora de un nuevo hombre de Fichte. Estas actitudes que aún encontramos presentes, van siendo sustituidas por otras más radicales que forman parte esencial de lo que se ha venido llamando la posmodernidad. Triunfa

el espíritu de rebelión al que se refería Karol Wojtyła. Se niega cualquier absoluto, la naturaleza es sustituida por la voluntad técnica, al hombre se le desprecia llegando a considerar el crecimiento de la población como el principal peligro que tiene planteado la naturaleza, y la sociedad se la concibe como fruto de un pacto social de raíces individualistas.

Parece realizarse lo que afirma San Pablo como propio del hijo de la perdición: se opone contra todo lo que se dice Dios o es objeto de culto o adoración. Notemos que no se opone sólo a Dios sino también a lo que se dice dios. Es decir, a todos aquellos falsos ídolos que han ocupado el lugar de Dios, el ateísmo moderno niega a Dios pero ha avanzado más y ha querido asegurar esta negación colocando en el lugar de Dios otras realidades. Pero todas ellas reciben también las consecuencias destructivas de este espíritu de rebelión.

Desde la perspectiva que nos dan estos testimonios entendemos ahora mejor la proposición 80 del Syllabus y podemos ver como hoy la Iglesia vuelva a reiterar el mismo juicio. Recientemente en el día de la beatificación de los mártires de Barbastro, Juan Pablo II se refería al espíritu del tiempo con las siguientes palabras:

«Tenemos necesidad urgente de este espíritu —refiriéndose a los mártires— especialmente en el momento histórico en que vivimos marcados por muchas dificultades en el campo de la pastoral vocacional y de la formación de los seminaristas.

»Muchas son las causas de esas dificultades, pero no cabe duda que destaca entre ellas el espíritu del tiempo que es contrario al espíritu de Dios. (Angelus, 25 de octubre de 1992, día de la beatificación de los mártires de Barbastro).

Este juicio de Juan Pablo II es una muestra de la continuidad esencial del Magisterio de la Iglesia. Con el fin de poder constatar ampliamente esta continuidad, citaremos algunos textos del Magisterio que hagan referencia a los tres aspectos a que se refería Pío IX en el Syllabus: el progreso, el liberalismo y la civilización moderna. Los citaremos cronológicamente.

»Lo que en filosofía pretenden los racionalistas o naturalistas,

eso mismo pretenden en la moral y en la política los fautores del Liberalismo, los cuales no hacen sino aplicar a las costumbres acciones de la vida los principios sentados por los partidarios del naturalismo. Ahora bien; lo principal de todo el naturalismo es la soberanía de la razón humana, que negando a la divina y eterna la obediencia debida y declarándose a sí misma *sui juris* se hace así propia sumo principio, y fuente, y juez de la verdad. Así los sectarios del Liberalismo, pretenden que en el ejercicio de la vida ninguna potestad divina hay que obedecer, sino que cada uno es ley para sí, de donde nace esa moral que llaman independiente, que apartando la voluntad, bajo pretexto de libertad, de la observancia de los preceptos divinos, suele conceder al hombre una licencia sin límites. (León XIII, *Libertas*).

»Las opiniones del liberalismo, aterradoras por su misma monstruosidad y que abiertamente repugnan a la verdad y son causa de gravísimos males (*Libertas*).

»Los fautores del liberalismo que dan al Estado un poder despótico y sin límites y pregonan que hemos de vivir sin tener para nada en cuenta a Dios. Rechazado el señorío de Dios en el hombre y en la sociedad es consiguiente que no hay públicamente religión alguna, y se seguirá mayor incuria en todo lo que se refiere a la religión. Y asimismo, armada la multitud con la creencia de su propia soberanía, se precipitará fácilmente a promover turbulencias y sediciones; quitados los frenos del deber y de la conciencia, sólo quedará la fuerza, que nunca es bastante para contener por sí sola los apetitos de las muchedumbres (*Libertas*).

»Hablaban de progreso, cuando retrocedían, de elevación, cuando se degradaban, de ascensión a la madurez cuando se esclavizaban; no percibían la vanidad del esfuerzo humano para sustituir la ley de Cristo por algo que le iguale; se infautaron en sus pensamientos (*Rom.*, I, 21) (*Summi pontificatus* Pío XII).

»La insensatez más caracterizada de nuestra época consiste en el intento de establecer un orden temporal sólido y provechoso, sin apoyarlo en su fundamento indispensable o, lo que es lo mismo, prescindiendo de Dios: y querer exaltar la grandeza del hombre cegando la fuente que lo nutre, esto es, obstaculizando y, si

fuera posible, aniquilando la tendencia innata del alma a Dios. Los acontecimientos de nuestra época, sin embargo, que han cortado en flor la esperanzas de muchos y arrancado las lágrimas a no pocos, confirman la verdad de la Escritura: Si el Señor no edifica la casa, en vano trabajan los que la construyen (*Sal*, 127) (Juan XXIII, *Mater et Magistra*).

»Concilio Vaticano II: Constitución sobre la Iglesia, *Lumen Gentium*, número 36: "Porque así como debe reconocer que la ciudad terrena, vinculada justamente a las preocupaciones temporales, se rige por principios propios, con la misma razón hay que rechazar la infausta doctrina que intenta edificar la sociedad prescindiendo en absoluto de la religión o destruye la libertad religiosa de los ciudadanos".

»Muchedumbres cada vez más numerosas se alejan prácticamente de la religión. La negación de Dios, o de la religión no constituyen, como en épocas pasadas, un hecho insólito e individual; hoy día, en efecto, se presentan no rara vez como exigencia del progreso científico y de un cierto humanismo nuevo. En muchas regiones esa negación se encuentra expresada no sólo en niveles filosóficos, sino que inspira ampliamente la literatura, el arte, la interpretación de las ciencias humanas y de la historia y de la misma legislación civil. Es lo que explica la perturbación de muchos (núm. 7, *Gaudium et spes*).

»Otros esperan del solo esfuerzo humano la verdadera y plena liberación de la humanidad y abrigan al convencimiento de que el futuro reino del hombre sobre la tierra saciará plenamente todos sus deseos (núm. 10).

»Cree la Iglesia que Cristo muerto y resucitado por todos, da al hombre su luz y su fuerza por el Espíritu Santo, a fin de que pueda responder a su máxima vocación y que no ha sido dado bajo el cielo a la humanidad otro nombre en el que sea necesario salvarse. Igualmente cree que la clave, el centro y el fin de toda la historia humana se hallan en su Señor y su Maestro (núm. 10).

»Muchos son los que hoy día se desentienden del todo de esta íntima unión vital del hombre con Dios o la niegan de forma explícita. Este ateísmo es uno de los fenómenos más graves de nues-

tro tiempo. La misma civilización actual, no en sí misma, pero sí por su sobrecargo de apego a la tierra, puede dificultar en grado notable el acceso del hombre a Dios, número 19. Con frecuencia, el ateísmo moderno reviste también la forma sistemática, la cual, dejando ahora otras causas lleva el afán de autonomía humana hasta negar toda dependencia del hombre respecto a Dios. Los que profesan este ateísmo afirman que la esencia de la libertad consiste en que el hombre es fin en sí mismo, el único artífice y creador de su propia historia. Lo cual no puede conciliarse, según ellos, con el reconocimiento del Señor, autor y fin de todo, o por lo menos tal afirmación de Dios es completamente superflua. El sentido del poder que el progreso técnico da al hombre pueda favorecer esta doctrina. Entre las formas del ateísmo moderno debe mencionarse la que pone la liberación humana del hombre principalmente en su liberación económica y social. Pretende este ateísmo que la religión, por su propia naturaleza, es un obstáculo para esta liberación, porque al orientar el espíritu humano hacia una vida futura ilusoria, apartaría del esfuerzo por levantar la ciudad temporal. Por eso, cuando los defensores de esta doctrina logran alcanzar el dominio político del Estado, atacan violentamente a la religión, difundiendo el ateísmo, sobre todo en materia educativa, con el uso de todos los medios de presión que tiene a su alcance el poder público (núm. 8).

»Finalmente, Juan Pablo II: "Hoy se tiende a afirmar que el agnosticismo y el relativismo escéptico son la filosofía y a la actitud fundamental correspondientes a las formas políticas democráticas, y que cuantos están convencidos de conocer la verdad y se adhieren a ella con firmeza no son fiables desde el punto de vista democrático, al no aceptar que la verdad sea determinada por la mayoría variable según los diversos equilibrios políticos... Unas democracias sin valores se convierte con facilidad en un totalitarismo visible o encubierto, como demuestra la historia" (Juan Pablo II, *Centesimus annus*).

»Afirmar que la conducción de "lo que es de Dios" pertenece a la comunidad religiosa y no al Estado, significa establecer un saludable límite al poder de los hombres. Y este límite es el te-

rreno de la conciencia, de la "últimas cosas", del definitivo significado de la existencia, de la apertura del absoluto, de la tensión que lleva a la perfección nunca alcanzada... Todas las corrientes de pensamiento de nuestro viejo continente deberán de considerar a qué negras perspectivas podría conducir la exclusión de Dios de la vida pública, de Dios como último juez de la ética y supremo garante contra todos los abusos de poder ejercido por el hombre sobre el hombre. (Discurso de Juan Pablo II durante su visita al Parlamento europeo en Estrasburgo, 11-X-1988).

»Esta continuidad tan manifestada en los textos pontificios y conciliares citados, no nos puede hacer ignorar ciertos cambios de actitud que a partir del Concilio Vaticano II la Iglesia repetidamente ha querido subrayar. Se trata no de cuestiones de contenido, sino del modo en que se presenta el mensaje evangélico ante el mundo moderno. Ejemplo de ello son las palabras de Juan XXIII al inaugurar el Concilio Vaticano II el 11 de octubre de 1962:

»En nuestro tiempo, sin embargo, la esposa de Cristo prefiere usar de la medicina de la misericordia más que la de la severidad... Estando así las cosas, la Iglesia Católica, al elevar la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella».

De forma semejante se expresaba Pablo VI en el discurso de clausura del Concilio el 7 de diciembre de 1965, después de afirmar que el mundo actual a la religión del Dios que se ha hecho hombre ha opuesto la religión del hombre que se ha hecho Dios, reitera la actitud de misericordia hacia una humanidad desorientada:

«Es menester recordar el tiempo en que se ha llevado a cabo un tiempo que cualquiera reconocerá como orientado a la conquista de la tierra más bien que al reino de los cielos; un tiempo en que el olvido de Dios se hace habitual y parece, sin razón, sugerido por el progreso científico; un tiempo en el que el acto fundamental de la personalidad humana, más consciente de sí y de su libertad, tiende a pronunciarse en favor de la propia autonomía

absoluta, desatándose de toda ley trascendente; un tiempo en el que el laicismo aparece como la consecuencia legítima del pensamiento moderno y las más alta filosofía de la ordenación temporal de la sociedad; un tiempo, además, en el cual las expresiones del espíritu alcanzan cumbres de irracionalidad y de desolación; un tiempo, finalmente, que registra aun en las grandes religiones étnicas del mundo, perturbaciones y decadencia jamás antes experimentadas... La religión del Dios que se ha hecho hombre se ha encontrado con la religión —por que tal es— del hombre que se hace Dios. Qué ha sucedido, ¿un choque, una lucha, una conde-nación? Podría haberse dado, pero no se produjo. La antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del concilio».

La insistencia en la necesidad de recordar al mundo contemporáneo el carácter esencialmente misericordioso del anuncio evangélico, es un signo de la profunda enfermedad que aqueja a nuestro mundo. Una sociedad que proclama orgullosamente que no necesita de Dios, o que la misma existencia de Dios constituye el principal obstáculo que el hombre debe superar para poder afirmar el valor del hombre. Se niega la existencia del pecado, como señalaba Donoso Cortés, para poder justificar la pérdida del sentido del pecado, aunque, como consecuencia, tenga que sufrir lo que Kierkegaard ha denominado la enfermedad mortal, del hombre pecador que no busca ser perdonado y desespera por no poderlo ser. Un hombre que desconoce al Dios de la misericordia y del perdón, pero que al mismo tiempo parece que no soporta que se le hable de la necesidad de misericordia y de perdón. Tendría que reconocer que sus ansias de autonomía le han llevado a la situación actual de enfermedad mortal. A este hombre aquejado de esta enfermedad de la Iglesia le habla del mensaje de Amor Misericordioso y le recuerda que su Señor y Dios es el Dios de la Misericordia, que lo ha redimido haciéndose hombre y lo ha hecho capaz de obras de salvación.

La encíclica de Juan Pablo II, *Dives in Misericordia*, es la expresión actual de esta actitud. Veamos algunos fragmentos más característicos.

«La misericordia —tal como Cristo nos la ha presentado en la parábola del hijo pródigo— tiene la forma interior del amor, que en el nuevo testamento se llama ágape. Tal amor es capaz de inclinarse hacia todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado (núm. 40).

»La Iglesia —profesando la misericordia y permaneciendo siempre fiel a ella— tiene el derecho y el deber de recurrir a la misericordia de Dios, implorándola frente a todos los fenómenos que pesan sobre el entero horizonte de la vida de la humanidad contemporánea (núm. 78).

»Precisamente porque existe pecado en el mundo, al que "Dios amó tanto... que le dio su Hijo unigénito", Dios que es "amor", no puede revelarse de otro mundo si no es como misericordia. Esta se corresponde no sólo con la verdad más profunda de ese amor que es Dios, sino también con la verdad interior del hombre y del mundo que es su patria temporal (núm. 81).

»La Iglesia contemporánea es altamente consciente de que únicamente sobre la base de la misericordia de Dios podrá hacer realidad los cometidos que brotan de la doctrina del Concilio Vaticano II (núm. 86).

»Por esto, la Iglesia debe considerar como uno de sus deberes principales —en cada etapa de la historia y especialmente en la edad contemporánea— el de proclamar e introducir en la vida el misterio de la misericordia, revelado en sumo grado en Cristo Jesús (núm. 95).

»La conciencia humana, cuanto más pierde el sentido del significado mismo de la palabra "misericordia", sucumbiendo a la secularización; cuanto más se distancia del misterio de la misericordia alejándose de Dios, tanto más la Iglesia tiene el derecho y el deber de recurrir al Dios de la misericordia "con poderosos clamores" (núm. 100).

»La mentalidad contemporánea, quizá en mayor medida que la del hombre del pasado, parece oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la idea misma de la misericordia. La palabra y el concepto de "misericordia" parecen producir una cierta desazón en el hom-

bre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica, como nunca fueron conocidos antes en la historia, se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que en el pasado. Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio a la misericordia número 8. En efecto, revelado por El, el misterio de Dios, "Padre de la misericordia" constituye, en el contexto de las actuales amenazas contra el hombre, como una llamada singular dirigida a la Iglesia (núm. 9).

»... vibrante llamada de la Iglesia a la misericordia de la que el hombre y el mundo contemporáneo tienen tanta necesidad. Y tienen tanta necesidad, aunque con frecuencia no lo saben (número 12).

»En este contexto me parece oportuno recordar el sentido providencial que ha tenido la reciente canonización del gran apóstol del Corazón de Jesús, Claudio de la Colombière. El fue el que discernió el carácter sobrenatural de las revelaciones del Corazón de Jesús a Santa Margarita en Paray le Monial. De nuevo la Iglesia y de forma solemnísimamente ha anunciado el mensaje de Paray, como el único remedio para nuestro mundo. En la ceremonia de canonización Juan Pablo II así lo proclamaba:

»Se difundirá una concepción impersonal de Dios; el hombre apartándose del encuentro personal de Cristo y de sus fuentes de gracia, querrá ser el único señor de su historia y darse a sí mismo ley, hasta el punto de mostrar su falta de piedad con tal de hacer realidad sus ambiciones. El mensaje de Paray, accesible a los humildes como a los grandes de este mundo, responde a estos extravíos aclarando la relación del hombre con Dios y del hombre con el mundo mediante la luz que viene del Corazón de Dios» (Homilía de Juan Pablo II durante la misa de canonización del beato Claudio de la Colombière, el 31 de mayo de 1992).

En un mundo extraviado y al mismo tiempo desesperanzado hay que recordarle lo que dijo León XIII: el Corazón de Jesús es la nueva señal que Dios ha puesto ante la mirada del hombre contemporáneo como anuncio de esperanza y de salvación. Las revelaciones de Paray son una llamada a la confianza, resuenan

las palabras de San Pablo: «Donde abundó el pecado sobreabundó la gracia». De esta confianza en el Amor Misericordioso se alimenta nuestra esperanza y tiene que inspirar nuestra perseverante oración como urgente petición a Dios para que pronto se haga realidad la promesa del Paray le Monial: *Reinaré a pesar de mis enemigos.*